

Fritz Leiber
El planeta errante



¿Qué sucedería si un planeta errante se aproximase a la Tierra, y los hombres supiesen que ésta se halla irremisiblemente condenada?

¿Cómo reaccionarían las personas corrientes ante la perspectiva espantosa de una colisión cósmica que destruiría nuestro mundo?

No se trata aquí de héroes ni de superhombres enfrentados con situaciones difíciles; no se trata de hombres sin nervios, de una sangre fría a toda prueba, de un temple de acero. Se trata del hombre de la calle, los políticos, los hombres de negocios, los científicos y los militares. Los que murieron cuando llegó el Planeta Errante...

¿Qué pensaron, qué hicieron en esos fatales y últimos instantes de sus vidas inexorablemente condenados, en su último suspiro, solos o junto a otras personas?

Premio Hugo 1965, Mejor Novela (Ganador).

«¿Qué te parece la idea de un
túnel hiperespacial?»

«Hummm... Es claramente
una posibilidad.»

Un instante el espacio estaba
vacío; al siguiente, lleno de
naves de guerra...

Planetas. Siete en total. Arma-
dos y dotados de energía co-
mo sólo un planeta puede es-
tar armado y dotado de ener-
gía.

EDWARD E. SMITH, doctor en
Filosofía, en Second Stage
Lensmen

Tigre, tigre; ardiente resplan-
dor
en los bosques de la noche.

¿Qué mano u ojo inmortal
pudo trazar tu aterradora si-
metría?

¿En qué abismos distantes o
en qué cielos
ardió el fuego de tus ojos?

¿En qué horno tu cerebro...?

WILLIAM BLAKE

Y contemplé cuando hubo abierto el sexto sello, y ¡ay! se produjo un gran terremoto y se volvió negro el Sol como un saco de pelo de cabra y se tiñó la Luna como de sangre. Y las estrellas del cielo cayeron a tierra como caen los higos maduros de la higuera cuando un fuerte viento la sacude.

Y desaparecieron los cielos como un pergamino que se enrolla; y mudaron de sitio las montañas y las islas. [...]

E hizo sonar el tercer ángel la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella que ardía como una lámpara, y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas.

Apocalipsis de San Juan

El verdadero viaje interestelar se llevó a cabo por primera vez desviando a un planeta de su órbita natural mediante una serie de impulsos producidos por cohetes debidamente situados y sincronizados; se proyectó de este modo al espacio exterior a una velocidad mu-

cho mayor que las velocidades planetarias y estelares normales. Luego hubo guerras como no las había habido nunca antes en nuestra galaxia. Flotas de mundos, naturales y artificiales, maniobraron entre las estrellas para sorprenderse y destruirse mutuamente con rayos de largo alcance de energía subatómica. Como las ondas de la batalla avanzaron aquí y allá por el espacio, sistemas planetarios enteros quedaron aniquilados.

OLAF STAPLEDON, en *El hacedor de estrellas*

Uno

Algunas historias de terror y de lo sobrenatural empiezan con una cara iluminada por la Luna asomada a una ventana de losanges o un viejo documento escrito con letra de patas de araña o el aullido de un perro desde páramos solitarios. Pero ésta empieza con un eclipse de Luna y cuatro nuevas fotografías astronómicas en las que se veían campos estelares y un cuerpo planetario. Sólo que... algo les había ocurrido a las estrellas.

La más vieja de las fotografías había salido del laboratorio hacía sólo siete días cuando tuvo lugar el eclipse. Provenían de tres observatorios muy distantes entre sí, y una de ellas, de un telescopio situado en un satélite. Eran inscripciones estelares de la más pura ciencia, en el polo opuesto de toda superstición; sin embargo, cada una de ellas produjo un estremecimiento de inquietud en el joven científico que las vio por primera vez.

Al mirar los puntos negros que deberían estar allí... y las volutas ligeramente oscuras que no deberían estar... tuvo una repentina sensación de extrañeza que por un momento lo emparentó con el hombre de las cavernas, con el adorador del diablo y con el cazador de brujas de la Edad Media.

Recorriendo los canales de prioridad, las cuatro fotografías llegaron juntas al Cuartel General de la Región de Los Ángeles del Proyecto Lunar de las Fuerzas Espaciales de los Estados Unidos; éste estaba ligeramente más adelantado que el proyecto lunar ruso, y muy por detrás del proyecto marciano de los soviéticos. De modo que, en el Proyecto Lunar de los Estados Unidos, la sensación de extrañeza e

inquietud fue muy aguda, aunque expresada en risas sardónicas y vívida imaginación, como es habitual en los científicos cuando se enfrentan con el misterio.

Al final, las cuatro fotografías —o, más bien, aquello que anunciaban— conmovieron profundamente a todo ser humano que habitaba sobre la Tierra, a todo átomo de nuestro planeta. Abrieron profundas fisuras en el alma humana.

A miles les costó la cordura y a millones la vida. También afectaron a la Luna.

Esta historia, por lo tanto, puede comenzar en cualquier parte: con Wolf Loner, en medio del Atlántico; o Fritz Scher, en Alemania; o Richard Hillary, en Somerset; o Arab Jones, fumándose unos porros en Harlem; o Barbara Katz, contoneándose por Palm Beach con un conjunto de playa negro; o Sally Harris, a la pesca de sensaciones excitantes en los alrededores de Nueva York; o Doc Brecht, vendiendo pianos en Los Ángeles; o Charlie Fulby, que dictaba conferencias acerca de los platillos volantes; o el general Spike Stevens, estudiando el papel de protagonista en la Fuerza Espacial de los Estados Unidos; o Rama Joan Huntington, haciendo interpretaciones del budismo; o Bagon Bung, al sur del mar de la China; o Don Merriam, en la Base Lunar de los Estados Unidos, o aun Tigran Biryuzov, en órbita alrededor de Marte. O podríamos empezar con Tigerishka o Miau o Ragnarok o el presidente de los Estados Unidos.

Pero como estaban cerca de ese primer centro de inquietud junto a Los Ángeles y también por el papel fundamental que habrían de desempeñar en la historia, empezaremos con Paul Hagbolt, un publicista empleado por el Proyecto Lunar, y con Margo Gelhom, novia de uno de los cuatro jóvenes americanos que subieron a la Base Lunar de los Estados Unidos, y con Miau, la gata de Margo, que tenía por delante una muy extraña jornada; y con las cuatro foto-

grafías, aunque por entonces eran un extraño misterio celosamente mantenido en secreto antes que una amenaza anunciada a bombo y platillo; y con la Luna, que estaba a punto de deslizarse hacia la ambigua oscuridad teñida de penumbra de su eclipse.

Margo Gelhorn, al salir al prado, vio la Luna llena alta en el cielo. El satélite de la Tierra era tan vívidamente tridimensional como una marmórea pelota de baloncesto moteada. Su pálido matiz dorado se adecuaba a la rareza meteorológica de un balsámico atardecer en la costa del Pacífico.

—Ya está allí arriba esa perra —dijo Margo.

Paul Hagbolt, que salía en ese momento por la puerta detrás de ella, rió intranquilo.

—Realmente concibes a la Luna como a una rival.

—Rival, una mierda. Tiene a Don en su poder —dijo la chica rubia de manera rotunda—. Incluso tiene hipnotizada a Miau. —Llevaba en brazos a una tranquila gata gris, en cuyos ojos verdes la Luna se convertía en dos perlas oscuras.

Paul también dirigió su mirada a la Luna o, más bien, a un punto cerca de su parte superior, por encima de la sombra del Mare Imbrium. No podía divisar el cráter Platón, donde se encontraba la Base Lunar de los Estados Unidos, aunque sabía que estaba allí.

Margo dijo con amargura:

—Ya es bastante desagradable tener que mirar ese cementerio monstruoso sabiendo que Don está allí, expuesto a todos los peligros de un planeta cuya función es justamente servir de cementerio. Y ahora, para colmo, tenemos que pensar también en esa otra cosa que ha aparecido en las fotografías astronómicas...

—¡Margo! —exclamó Paul con severidad, mirando a su alrededor con alarma—. Eso es todavía información secre-

ta. No deberíamos hablar de ello..., no aquí.

—El Proyecto te está convirtiendo en una tía vieja. Además, no me has dicho casi nada...

—Ni eso debería haberte dicho.

—Bueno ¿de qué hablaremos entonces?

Paul dejó escapar un suspiro.

—Mira —dijo—, pensé que habíamos salido a ver el eclipse, quizá también para dar un paseo en coche...

—¡Olí, había olvidado el eclipse! La Luna se ha vuelto algo borrosa, ¿no crees? ¿Ha empezado ya?

—Así parece —dijo Paul—. Es hora del primer contacto.

—¿Qué efecto producirá el eclipse sobre Don?

—Casi ninguno. Se pondrá oscuro allí arriba por un rato. Eso es todo. Olí, sí, y la temperatura fuera de la Base Lunar descenderá 250 grados aproximadamente.

—¡Un soplo venido del séptimo círculo del infierno y dices «Eso es todo»!

—No es tan malo como parece. Mira, para empezar, la temperatura será de unos 150 grados sobre cero —explicó Paul.

—Una ola de frío siberiano elevado al cubo encima de un calor abrasador y dices «¡Qué bonito!»». Y cuando pienso en ese otro horror desconocido que viene arrastrándose hacia la Luna desde el espacio exterior...

—¡Basta, Margo! —La sonrisa se borró de la cara de Paul.— Es sólo tu imaginación la que te hace hablar así.

—¿Mi imaginación? ¿Me hablaste o no me hablaste de esas cuatro fotografías estelares en las que se veía...?

—No te hablé de nada..., de nada que no interpretaras de modo enteramente errado. No, Margo, me niego a decir nada más sobre ese tema. Si sigo escuchando tus comentarios, me volveré loco. Entremos.

—¿Entrar? ¿Estando Don allí arriba? Observaré este eclipse en su totalidad..., desde la carretera de la costa, si dura lo bastante.

—En ese caso —dijo Paul con calma—, es mejor que te pongas algo más que esa chaqueta. Sé que ahora parece hacer calor, pero las noches de California son traicioneras.

—¿Y las noches de la Luna no lo son? Vamos, sostén a Miau.

—¿Por qué? Si piensas que voy a viajar con un gato suelto...

—¡Porque esta chaqueta es demasiado calurosa! Vamos, tómla y devuélveme a Miau. ¿Por qué no viajar con un gato? Son personas, como nosotros. ¿No es cierto, Miau?

—No lo son. Sencillamente son animales hermosos.

—Son gente. Hasta tu gran dios Heinlein admite que son ciudadanos de segunda clase, tan valiosos como los aborígenes o los campesinos árabes.

—No me interesa esa teoría, Margo. Sencillamente, me niego a viajar con una gata nerviosa en mi convertible con la capota bajada.

—Miau no es nerviosa. Es una señorita.

—¿Las hembras son serenas? ¡Mírate a ti misma!

—¿No quieres llevarla?

—¡No!

A unos cuatrocientos mil miserables kilómetros de la Tierra, la Luna iba variando de un dorado fantasmal a un bronce pálido a medida que iba acercándose lentamente a la orilla de la sombra del orbe de mayor tamaño. Sol, Tierra y Luna estaban alineándose. Era el diezmillonésimo eclipse de Luna, o una cifra semejante. Nada extraordinario, a decir verdad; sin embargo, debajo de la cómoda manta de la atmósfera de la Tierra, centenares de miles de personas estaban ya listas para observar el espectáculo desde el lado nocturno de la Tierra, que ahora se extendía sobre el Atlántico y las Américas desde el mar del Norte hasta California y desde Ghana hasta la isla de Pircaira.

Los demás planetas estaban en su mayoría al otro lado del Sol, tan alejados como gente en el otro extremo de una casa grande.

Las estrellas eran ojos helados sin dimensión alguna en la oscuridad, como distantes ventanas brillantemente iluminadas al otro extremo del océano.

La pareja formada por la Tierra y la Luna, agrupadas junto al fuego solar, estaba casi sola en un bosque negro de treinta millones de millones de kilómetros de diámetro. Una situación aterradoramente solitaria, sobre todo si uno imaginaba que algo del todo desconocido acechaba en el bosque, acercándose cada vez más, sacudiendo aquí y allí la luz de las estrellas al doblar las ramitas negras del espacio.

A lo lejos, en el Atlántico Norte, una salpicadura de espuma en los ojos despertó a Wolf Loner del frío de un sueño aterrador a tiempo para ver, por la última ventana desgarrada en un oscuro banco de nubes que iba espesándose cada vez más, la Luna cobriza al oeste. Sabía que era el eclipse lo que le daba al orbe ese aspecto borroso; sin embargo, en el destello que aún persistía de su sueño, la Luna parecía estar pidiendo auxilio desde un edificio en llamas: Diana en peligro. Las vigorosas olas negras y el viento en el hueco curvado de la vela no tardaron en mecer la barca y adormilar con ruda voz la perturbadora visión.

—La cordura es ritmo —dijo Wolf Loner en voz alta, consciente de que nadie lo escucharía en un radio de diez kilómetros o, quizá, de trescientos; esta última era la distancia a que se encontraba de Boston, según calculaba, en este crucero en solitario de este a oeste iniciado en Bristol.

Comprobó el estado de la unión entre la escota mayor y la caña del timón que mantenía el esquife de siete metros rumbo al oeste; se deslizó luego entrando con los pies por delante en la cabina, semejante a un ataúd, para echar una siesta más abrigada y prolongada.

Cinco mil kilómetros al sur del esquife, el transatlántico atómico de lujo Prince Charles corría como una meseta que se desliza por el agua hacia Georgetown y las Antillas a través de una niebla invisible de ondas de radio convergentes. En la cúpula transparente con aire acondicionado y en penumbra, unas pocas personas mayores, bostezando a esa hora tardía de la noche, observaban el eclipse, y algunas parejas jóvenes se acariciaban discretamente o se tocaban con el pie a escondidas, cosa que el calzado de moda facilitaba, mientras desde el salón de baile principal llegaba el débil retumbar, como un trueno distante, de los acordes wagnerianos del neojazz. El capitán Sithwise contó los conocidos fascistas brasileños de esa nueva especie imprevisible que figuraban en la lista de pasajeros y supuso que se planeaba una revolución.

En Coney Island, en la intensa sombra del nuevo paseo de entablado, Sally Harris, con las manos tras la nuca bajo el deslumbrante resplandor de su peinado —una explosión permanente de carga estática—, se mantenía risueñamente inmóvil mientras Jake Leshner se esforzaba por desabrochar su sostén a través de la sedosa tela negra del vestido Gimbel's Scaasi talla 8.

—Tómame tu tiempo —dijo—, pero recuerda que iremos a ver el eclipse desde lo alto del Cohete de Diez Pisos. Desde el último piso.

—Bah, ¿quién quiere quedarse mirando como un tonto una Luna que está enferma, enferma, enferma? —contestó Jake, casi jadeando—. Sal, ¿dónde diablos están los ojales y los corchetes?

—En el fondo del baúl de tu abuela —le informó ella, introduciendo un pulgar y un índice de uñas plateadas por la V de su vestido que se cerraba solo y respondía a todo

deseo—. El mecanismo magnético de apertura rápida está a proa, no a popa, marinero de la Segunda Avenida —dijo, e hizo una diestra torsión—. Ahí tienes. ¿Ves por qué se llama Sostén Esfumado?

—¡Dios! —exclamó él—, son como panecillos calientes. Oh, Sal...

—Diviértete —le dijo ella sin el menor asomo de excitación, al tiempo que dilataba coquetamente las ventanas de la nariz—, pero recuerda que no te libras de llevarme a dar un paseo por la montaña rusa. Y ten la amabilidad de tratar con reverencia los artículos de panadería.

Don Guillermo Walker, esforzándose por ver a través de la densa jungla nicaragüense el brillo resinoso del lago Managuá, decidió que el bombardeo de la fortaleza del presidente durante la oscuridad del eclipse había sido una idea puramente teatral, una improvisación para un tercer acto surgida de la desesperación, como la de hacer que Jean no llevara nada bajo su negligée en La decisión de Argel, recurso que, por cierto, no había salvado al drama del fracaso.

Después de todo, los eclipses no eran tan oscuros, según pudo comprobarse, y los tres reactores de combate del presidente podían aniquilar a su achacoso Seabee en cuestión de segundos, poniendo fin a la Revolución de los Mejores o, cuando menos, al autoproclamado descendiente directo del William Walker original que había sido filibustero en Nicaragua en la década de 1850.

Si lograba tirarse en paracaídas, lo capturarían. No creía que pudiera resistir la picana eléctrica, a no ser que se convirtiera en un niño de tres años.

¡Demasiada luz, demasiada luz!

—Eres una típica mala actriz secundaria —le gritó don Guillermo a la Luna bronceada—. ¡No sabes cómo hacer mutis!

A cuatro mil quinientos kilómetros al este del lugar en que se hallaban Wolf Loner y su banco de nubes, Dai Davies, poeta galés, vigoroso y borracho, daba las buenas noches con la mano, desde la Estación Experimental de la Energía de las Mareas de Severn, a la luna empañada que se hundía en el despejado canal de Bristol, más allá de Portishead Point, mientras la expansiva claridad del alba borraba las estrellas a sus espaldas.

—Duerme bien, Cenicienta —exclamó—. Lávate la cara ahora, pero no dejes de volver.

Richard Hillary, novelista inglés, enfermizo y sobrio, observó de modo remilgado:

—Dai, lo dices como si temieras que no lo haga.

—Hay una primera vez para todo, Ricky —replicó Dai con tono sombrío—. No nos preocupamos demasiado por la Luna.

—Tú sí que te preocupas, y mucho —le contestó Richard con aspereza: —lees un verdadero vómito de ciencia ficción.

—¡Ah, la ciencia ficción es mi pan y mi vino...! Bueno, en cualquier caso, mi pan. Vómito..., quizás estabas pensando en el dragón Error, el vomitador de libros, de The Faerie Queene y te lo figuraste arrojando, después de todos los mohosos trastos detestables de Spenser, las obras completas de H. G. Wells, Arthur C. Clarke y Edgar Rice Burroughs.

La voz de Hillary se volvió severa.

—La ciencia ficción es tan trivial como todas las obras de arte que tratan de fenómenos en lugar de seres humanos. Tú deberías saberlo, Dai. ¿No sois afectuosos los galeses?

—Fríos como un pez —replicó el poeta, orgulloso—. Fríos como la Luna misma, que encarna un poder mucho más grande en la vida que lo que vosotros, los anglosajones sentimentales, sacrílegos, adormilados en público, embrutecidos de humanidad, degenerados, advertiréis nunca.

—Señaló la Estación con un ademán.— ¡Energía venida de Mona!

—¡David! —explotó el novelista—. Sabes perfectamente bien que este juguete para la captación de la energía de las mareas no es más que un modo de hacer callar a la gente como yo, que está en contra de la energía nuclear por su utilización armamentista. Y por favor, no llames Mona a la Luna... , ésa es una etimología folclórica. Mona es una isla galesa, si quieres. —Anglesey—, pero ¡no un planeta galés!

Dai se encogió de hombros mirando al oeste el pálido bulto de la Luna que se desvanecía.

—Mona me suena muy bien a mí, y eso es todo lo que cuenta. Toda la cultura no es más que un modo de hacer callar a la niña humanidad. Y, de cualquier modo —añadió con una sonrisa burlona—, hay hombres en la Luna.

—Sí —convino Hillary fríamente—, cuatro americanos y un número indeterminado, pero pequeño, de soviéticos. Tendríamos que haber eliminado la pobreza y el sufrimiento de la humanidad antes de derrochar millones en el espacio.

—Sin embargo, hay hombres en Mona camino de las estrellas.

—Cuatro americanos. Tengo más respeto por ese hombre de Nueva Inglaterra, Wolf Loner, que se hizo a la mar en Bristol el mes pasado en su esquife. Por lo menos no estaba arriesgando la riqueza del mundo en su caprichosa aventura.

Dai sonrió sin apartar los ojos del oeste.

—¡Condenado sea ese Loner, ese anacronismo yanqui! Lo más probable es que se ahogue y sirva de alimento a los peces. Pero los americanos escriben buena ciencia ficción y construyen naves lunares casi tan bien como los rusos. ¡Hasta mañana, señora Mona! Vuelve con la cara sucia o limpia, pero vuelve.